

CONQUISTA[®]

Volumen 4, Número 12

CRISTIANA

*La revista para líderes
que se preparan para la acción!*

Gratuito pero no barato, Charles V. Simpson / 178

Pueblo del pacto, Daniel Zuccherino / 181

La silla vacía, Anónimo / 185

El Espíritu Santo, Mónica Araquemada / 186

Transiciones ministeriales, Serafín Contreras / 187

Un grito de angustia, Manuel Pérez / 189

Visitación de Dios, Ricardo M. Pugliese / 193

Gratuita ... pero no barata

Charles V. Simpson



El evangelio de la gracia gratuita es el único evangelio que he conocido durante toda mi vida. Por la fe, mis padres fueron misioneros en el Sur de Luisiana y confiaban en Dios para su pan diario. Mi padre ocupa uno de mis primeros recuerdos cuando predicaba a gentes de habla francesa que poblaban las enseñadas.

Vivimos en condiciones limitadas, un tráiler casero con un cuarto, una cocina de leña, una cama, una mesa y algunas sillas, sin embargo éramos felices y nos sentíamos seguros. Papá no recibía ningún pago por su ministerio. El evangelio era gratuito.

Más tarde, papá pastoreó una iglesia Bautista Sureña en Alabama y mi crianza continuó en una atmósfera típicamente evangélica. Una noche, después de un culto de evangelismo, me arrodillé cerca de una vieja silla de junco en el cuarto de estudio de Papá, y acepté a Jesucristo como mi Señor y Salvador. La abundancia de la gracia de Dios vino sobre mí gratuitamente. Varios años después, pensando acerca del llamado de Dios para mi vida, vino a mi mente la palabra "costo". Supe que mi salvación debió costarle al Señor tanto, que mis padres y un sin número de siervos de Dios tuvieron que hacer tremendos sacrificios para que esta salvación llegara a mí. Mi corazón se

impresionó todavía más cuando vi que, si iba a pasar por esa misma herencia, también a mí tendría que costarme.

La predicación de una salvación gratuita

Dios me ayudó a confiar en él con respecto a mi futuro, entonces comprometí mi vida al ministerio. He estado predicando por cerca de cuarenta años. Siempre prediqué sobre la salvación gratuita. He invitado a muchas personas para que conozcan al Señor Jesús, sean perdonados y tocados por el poder del Espíritu Santo; sin ningún costo para ellos —solamente por fe. Estoy plenamente convencido que nadie puede añadir más a la justicia de Jesucristo o al poder de su sangre. Amo mucho el viejo himno: «Jesús pagó todo, todo lo que se le debía; el pecado dejó una mancha carmesí —él la limpió y me dejó tan blanco como la nieve».

La salvación es gratuita. La gracia de Dios no tiene precio. Siempre he predicado sobre salvación gratuita, pero conforme he ido creciendo en el Señor, he venido a enfrentar el dilema acerca del recibir gracia gratuita, pasando por alto una Gracia con un costo muy elevado. Esto es, recibirla es gratis, pero darla tiene su costo. Para crecer en el espíritu y el carácter

de Cristo, para llevar su carga espiritual, debemos convertirnos primeramente de ser una persona que recibe a una persona que prioritariamente es un dador de vida. La decisión que nos lleva a cambiar de recibir a dar, implica pagar el precio para pasar el evangelio a otros.

Héroes cristianos

Mi padre tuvo varios héroes cristianos: William Carey, Hudson Taylor, Adoniram Judson, Charles Finney y D.L. Moody. La mayoría de estos hombres fueron misioneros que predicaron públicamente el evangelio a expensas de un gran sacrificio personal. George Muller fue uno de sus favoritos, el gran protector de los huérfanos del siglo XIX, quien fue conocido por su gran fe en Dios para suplir sus provisiones diarias.

Mi imagen de Muller fue como una fantasía infantil. Pude verlo en su oficina arrodillado, confrontando a Londres, luego a Liverpool, pidiendo a Dios que trajera ayuda económica a través de personas de estas ciudades. Pude escuchar a alguien tocando la puerta de su oficina y verlo levantarse para recibir la respuesta. Parado allí, vi a algunos extraños darle grandes cantidades de dinero para poder alimentar a los huérfanos.

Más tarde en 1955, cuando fui llamado al ministerio, vino a mí el

versículo: «Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Filipenses 4:19).

Durante el transcurso de los años aprendí más sobre Muller, más sobre la fe y más sobre el Señor. Al contrario de mis impresiones infantiles, Muller no pasó toda su vida de rodillas. Organizó reuniones e impartió conferencias para dar a conocer su ministerio con los huérfanos. El nunca suplicó, pero siempre informó.

En los tiempos bíblicos, los siervos de Dios siempre informaron a las demás personas sobre las necesidades que había en la Casa de Dios. En algunas ocasiones la gente fue llamada a sostener la obra o fue reprendida por no hacerlo.

El ejemplo de Pablo

El apóstol Pablo también comunicó las necesidades de su ministerio a las iglesias, en pasajes como 1 Corintios 9, y 2 Corintios 8 y 9. En 2 Corintios 11:8, Pablo informa que tomó recursos de otras iglesias, recibiendo el salario para servirle a ellos sin costo alguno. El ministerio de Pablo a Corinto era gratuito —pero tuvo un costo para las otras iglesias. El ministerio siempre tiene un costo para alguien.

En cierto sentido, los corintios tomaron los recursos de otros y no asumieron la responsabilidad de sostener el ministerio de Pablo. Para su corrección, Pablo fue tan lejos, que envió a Tito a recibir ofrendas y perfeccionar la gracia de dar en la iglesia de Corinto.

Muchos hermanos actuales son como los corintios. No maduran porque ignoran los sacrificios que hicieron sus padres para darles “alimento y beneficios gratuitos”. Asumen que, como el Evangelio es gratis, también es barato. Mis padres solían decirme: “tu crees que el dinero crece en los árboles”. Ellos corrigieron mi ignorancia, asignándome trabajos que supieron remunerar. A los once años se me encomendó un trabajo (mis permisos

se acabaron). Agradezco a Dios que mis padres no me negaron la oportunidad de ser responsable y poder madurar. En mi propio crecimiento vine a valorar que la gracia gratuita recibida de ellos, para ellos no fue gratis, tuvo un costo.

Mis padres me liberaron de mi fantasía en cuanto a las responsabilidades de la vida. Muchos cristianos, como los corintios de la época paulina, tienen fantasías en relación a la responsabilidad de ministrar a otros. Creen que Dios lo hace todo y que ellos no deben hacer nada. Tal fantasía impide una acción responsable y madura.

Mientras servimos al Señor, él puede traer personas que conozcan nuestra necesidad, sin ningún esfuerzo de nuestra parte, pero esta no es la norma bíblica. A través de la Escrituras, el Señor instruyó a los líderes para que informaran a su pueblo en cuanto a las necesidades. El Espíritu Santo motiva a la gente para que actúe correctamente. Moisés se movió de esa forma en la construcción del tabernáculo. David y Salomón siguieron el ejemplo al edificar el templo. Even George Muller también lo hizo en su tiempo.

Recibimos un Evangelio gratuito

Recuerdo lo que me pasó en 1963, antes de que hombres como Billy Graham, Oral Roberts, Jerry Falwell, Pat Robertson y otros tuvieran tal impacto en la sociedad. Me encontraba espiritualmente seco y deprimido, en parte porque algunas personas parecían levantar su voz en contra de los que van más allá del secularismo y la atadura del ateísmo (ahora sé que muchos alzaron su voz). Nunca habían escuchado la palabra *carismático* para enfatizarlo. No sabía cómo era ser lleno con el Espíritu Santo. El enemigo aparentaba tener el control de una época sin respuestas y la Iglesia parecía impotente y confundida por los incrédulos.

Todo comenzó a cambiar para mí en 1964. Un amigo me dio la

autobiografía de Charles G. Finney. Finney era un abogado agnóstico del siglo XIX, quien se convirtió y vino a ser un poderoso predicador. Poco después de recibir el libro de Finney, recibí una copia de la revista *Voice (La Voz)*, una publicación de los Hombres de Negocios del Evangelio Completo. Luego me llegó un casete con testimonios de algunos ministros. Como resultado de estas influencias, muy pronto fui bautizado en el Espíritu Santo y mi vida cambió. No pagué por ninguna de estos tres envíos: el libro, la revista y el cassette. Todo fue gratuito, pero definitivamente no era barato. Costó a alguien el ocuparse, en un momento dado, energía y dólares, para hacerme llegar esta verdad. Más tarde aprendí, cuando comencé a dar esta verdad a otros, sobre el costo que pagaron mis benefactores anónimos.

No fui el único en ese momento que escuchó la verdad y experimentó el cambio. Millones de personas espiritualmente hambrientas comenzaron a recibir la literatura, casetes y programas de radio y televisión, por los que otras personas tuvieron que pagar un precio. El secularismo no desapareció, pero en los últimos treinta años hemos sido testigos del mayor despertar entre los Cristianos. Debido a que alguien pagó el precio, una ola del ministerio del Evangelio se ha esparcido por todo el mundo, y millones han conocido a Jesucristo en el poder del Espíritu.

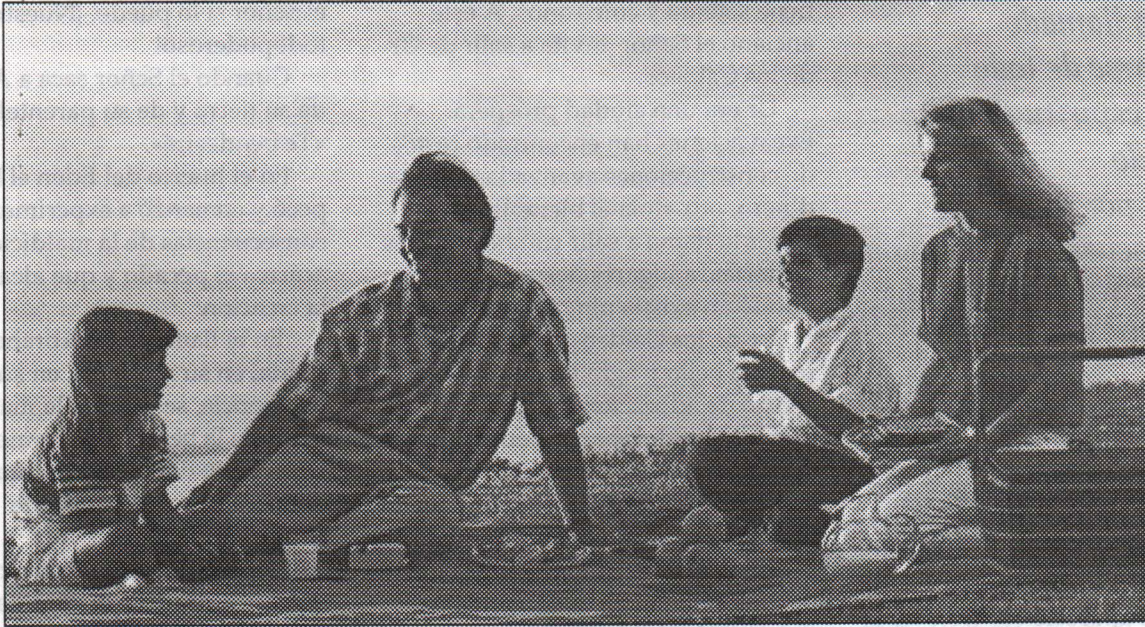
La gran demanda

Desde 1969 he estado relacionado con el ministerio de las publicaciones, pasando la gratuita gracia de Dios a otros. A través de los años hemos tenido más casetes, boletines informativos y otros ministerios. Enviamos cientos de miles de revistas gratuitamente, pero no significa que fueran baratas. Alguien pagó por ellas.

Llegaron cartas a mi escritorio de hombres que, estando en prisión, conocieron a Jesús y fueron llenos del Espíritu; comenzaron iglesias en la

Pueblo del pacto, la fe y la obediencia

Daniel Zuccherino



T tiempo atrás llamé por teléfono a mi cuñado, que reside en un país de los considerados desarrollados, y me contaba respecto de la situación espiritual de algunas de las iglesias donde vive. “En algunos casos —me comentó— se tiene una percepción un poco empresaria de lo que es la Iglesia. En ciertos círculos una congregación menor a las dos mil personas, generalmente no se le tiene en cuenta.”

Le pregunté, además, como era la relación entre los hermanos en esas iglesias y él me respondió: “En esencia, los domingos pasa un microbús muy hermoso que lleva a los fieles a las Iglesias. Y luego, al finalizar la reunión, el colectivo los lleva a sus hogares nuevamente.”

Cuando le pregunté: “¿Y la relación durante la semana?”

Me respondió: “Es muy escasa, yo

no veo que exista una relación conforme al modelo del Nuevo Testamento.”

Me contó que, en muchos casos, el ministerio es considerado, simplemente, como una profesión y muchos de los que ostentan el título de pastor ejercen por intereses económicos.

La descripción que acabamos de efectuar presenta un “modelo” de Iglesia que no es patrimonio exclusivo de un país, ni de una orientación doctrinal determinada. Tales “modelos” deben ser confrontados con la Palabra de Dios. Vamos a hacerlo ahora, con un corazón sencillo y pidiendo al Señor que nos revele su voluntad.

El modelo de Dios.

1) La Iglesia es el pueblo del pacto, la fe y la obediencia.

Surge una pregunta fundamental:

¿Qué es, entonces, la Iglesia?. ¿Será esa iglesia de “asistentes”, de grandes auditorios donde nadie se conoce demasiado entre sí?

¿Serán “Iglesia” esos proyectos con mucho de empresarial, donde quienes parecen “clientes de religión” cambian una ofrenda por calmar sus conciencias y algo de consuelo, todo ello en el marco de relaciones superficiales y sin compromiso?

¡No! De acuerdo a toda la enseñanza que surge de la Palabra de Dios podemos afirmar rotundamente que no!

*Como Abraham ,
debemos aprender a despojarnos.*

Jehová había dicho a Abraham: «Vete de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Haré de ti una nación grande, te bendeciré, y engrandeceré tu nombre y serás bendición.

Bendeciré a los que te bendigan, y a los que te maldigan maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra».

Se fue Abram, como Jehová le dijo, y con el marchó Lot. Tenía Abram setenta y cinco años de edad cuando salió de Harán (Génesis 12:1-4:).

*La Iglesia del Señor
es pueblo llamado
a despojarse de todo
y a salir espiritualmente
del mundo
y a vivir por fe,
como le ocurrió a Abraham.*

Meditemos en algunas cuestiones referidas a la salida de Abraham de Ur de los Caldeos:

Esteban, testigo y mártir de Cristo y su evangelio dijo en su último discurso:

—El Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham, estando en Mesopotamia, antes que viviera en Harán (Hechos 7:2b)

Cuando se apareció ese Dios de la gloria, Abraham no tuvo duda alguna que quien le estaba hablando era el Señor. En ese encuentro Dios le dice: «Vete de tu tierra, de tu parentela». En concreto, debía dejar las cosas que él había visto, con las que tenía familiaridad y a las que estaba acostumbrado. Nosotros amamos el lugar donde estamos, uno se apega a la tierra en que vive. El Señor no envió a Abraham a lo que ya conocía sino que le dijo: «Vete a la tierra que te mostraré».

Esta es la vocación y el llamado de los hijos de Dios. Nosotros somos hijos de Abraham. Llamados a salir sin saber a donde vamos. Y a andar por fe y no por vista. Abraham se despojó de todo. El llamado espiritual siempre implica despojarse, aprender a perder. Tenemos que aprender a renunciar y perder en términos humanos; salir espiritualmente del mundo.

En ese momento Abraham fue

probado para ver si era capaz de dejarlo todo. Muchas veces hemos señalado las cuestiones geográficas de la salida de Abraham; pero las dimensiones espirituales, sociales, familiares y afectivas son mucho más profundas y deberíamos meditar en ellas para una comprensión adecuada del significado de la demanda del Señor.

El llamado llega a un hombre que tiene setenta y cinco años. A este anciano el Señor invita a salir de Ur de los Caldeos.

Ur era una ciudad próspera. Excavaciones han encontrado restos de construcciones avanzadas. Había dinero, oro, fluía el bienestar y el Señor lo llama a salir rumbo a tierras desiertas, a lugares desconocidos, donde no existía ninguna comodidad.

Ur de los Caldeos, ese lugar que parecía bello y agradable, era un centro de adoración pagana. Sus habitantes adoraban a elementos tales como: el agua, la tierra y el aire, considerándolos dioses; pensaban que el único propósito del ser humano era servir a esas "divinidades". Esta razón es fundamental en la demanda del Señor a Abraham respecto de abandonar esa ciudad.

El llamado es para nosotros también. Dios nos demanda que dejemos todo, que dejemos esta nación perversa y seamos parte del caminar de fe del pueblo del pacto. El Señor nos pide que espiritualmente "muramos" al mundo.

«...Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo, pero si muere, lleva mucho fruto» (Juan 12:24).

“¡Porque me morí!”

En una oportunidad escuché al hermano Keith Bentson contar la historia de una chica que se convirtió un día viernes. Esta joven se había puesto de acuerdo el jueves para ir a bailar el día sábado con un muchacho. El muchacho la llamó para concretar la salida al baile y ella le dijo que no iría. Extrañado le preguntó: “¿Por qué no vas a venir, si me dijiste el jueves

que sí?”

Ella le respondió: “Porque me morí”.

Si no podemos proclamar que estamos muertos al mundo, a sus deseos, a lo que antes nos interesaba y vivir en consecuencia, pidamos al Señor para que, por la obra sobrenatural del Espíritu Santo encarne en nosotros este llamado. Porque lo que nosotros no podemos, el Señor sí lo puede. ¡Nuestro Dios es todopoderoso!

Cuando el Señor saca a Abraham de su tierra y de su parentela le dice: «Te bendeciré».

En el huerto del Edén el hombre pecó y comenzó a experimentar las consecuencias de la maldición que acarrea el pecado y que alcanza a toda la creación.

En el llamado de Abraham, en su salida, en su renuncia, en su obediencia, se cancela la maldición e irrumpe la bendición prometida por Dios. En la obediencia la maldición del pecado es reemplazada por la bendición de Dios.

No solo debemos renunciar a lo que es contrario a la voluntad de Dios con nuestra boca sino, como Abraham, debemos renunciar concretando con hechos lo que decimos: **Abraham creyó y salió**. Cuando renunciamos con la actitud de nuestra vida, con nuestra concreta conducta, toda maldición se rompe. Salimos del terreno del enemigo y entramos al territorio de la bendición que pertenece al pueblo de Dios.

Somos llamados, igual que Abraham, a ser bendición a todas las naciones. Nosotros no hemos sido llamados para que seamos diques que retengan la bendición, sino que hemos sido llamados por la misericordia del Señor, para ser canales de bendición a otros, para la gloria del Nombre de Dios.

El pueblo de Dios se origina en la misericordia del Señor.

El pueblo del Señor debe su existencia al pacto que existe entre el pueblo y el Señor. Pero cuidado,

debemos entender bien esto: el Señor dice: «Mi pacto». No es el pacto mío con el Señor, sino que es el pacto del Señor.

El Señor ha establecido un pacto ofensivo y defensivo, en la batalla espiritual, con su Pueblo, el cual alcanza a cada uno de sus hijos. El Señor dice: «Bendeciré a los que te bendigan, y a los que te maldigan maldeciré». Esa promesa es para la Iglesia, para el pueblo de Dios.

El pueblo de Dios es la esperanza de Dios en medio de la desesperanza.

Somos llamados para constituir un pueblo obediente, que muestre al mundo las virtudes de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable.

En nosotros se cumple la palabra que dice: «Recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos...» (Hechos 1:8). Mártires, si es necesario. No debemos ni predicar ni vivir un evangelio barato y sin compromiso. Debemos predicar y vivir el evangelio del Reino de Dios que no se acomoda a este mundo y que denuncia y confronta las obras de las tinieblas. Quizás llegue la hora cuando debamos ratificar con nuestra sangre el testimonio de nuestra fe en Cristo Jesús.

Este pueblo del Pacto, encuentra su raíz en el llamado que Abraham recibió. Este llamado implica quebrantamiento, arrepentimiento, entrega y obediencia.

El principio de toda restauración espiritual está ligado con la actitud de Abraham de despojarse de todo. Desnudarse delante del Señor, reconocer nuestra total necesidad y pedirle que él obre con su poder rompiendo todo lo viejo e inservible, para que se encarne la vida de Dios en nosotros y nos constituyamos en instrumentos aptos para su Reino.

El pueblo de Dios vive por fe

El pueblo de Dios es salvado y vive por fe.

¿Que significa 'fe'? La fe se hace evidente y opera cuando no hay nada externo en que apoyarse. Abraham no tenía nada en que poder apoyarse. El Señor le dijo: «Vete a la tierra que te voy a mostrar...» [después].

Toda la bendición prometida por Dios parece depender de lo dicho por Dios: «Haré de ti una nación grande, te bendeciré... y serán benditas en ti todas las familias de la tierra» (Génesis 12:2).

Todo se fundaba —ser una nación grande, que bendeciría las simientes de la tierra— en que Dios le iba a dar un hijo, el hijo de la promesa.

Abraham era un anciano y por si esto fuera poco su esposa era una mujer que había sido estéril toda su vida y era ahora una anciana de noventa años.

Cuando Abraham recibe esta palabra se ríe de gozo, pero Sara —al ver la situación con ojos humanos— se ríe de incredulidad y por eso es amonestada por el Señor.

La fe de Abraham resulta distintiva del pueblo de Dios porque no es ese tipo de fe que dice 'creer' y no actúa sino una fe encarnada, que se traduce en un actuar consecuente con lo que se cree.

II) El pueblo de Dios como Comunidad del Espíritu (Hechos 2:1-4).

Pentecostés es un hito central en la formación de la comunidad del Espíritu, el pueblo de Dios del nuevo pacto.

La fiesta de Pentecostés era la fiesta donde los judíos se reunían y traían como ofrenda parte de lo que habían cosechado en el año, mostrando así su agradecimiento a Dios y reconociéndolo a él como fuente de todo bien. Además, en Pentecostés daban testimonio como pueblo que la mano poderosa de Dios los había sacado de Egipto y de la esclavitud.

Es muy significativo el hecho que

el derramamiento del Espíritu Santo se produjese en el día de Pentecostés: El Señor ratifica que él es fuente de todo bien. Él es el dador del don del Espíritu Santo, cuya obra y presencia inviste al Pueblo de Dios de poder y hace posible un grado e intensidad de comunión que va mas allá de la voluntad o decisión humana.

Muchas veces hemos reducido el amplio significado de Pentecostés al centrar nuestra atención únicamente en las maravillas, milagros y prodigios. Pero hay un paso más: el genuino derramamiento del Espíritu da como resultado un compromiso del cristiano con Dios y con su Pueblo, y no puede ser explicado en términos humanos.

El Evangelio: Poder de Dios.

El Evangelio es sobrenatural; todo es de orden sobrenatural en el Pueblo de Dios. No hay lugar para proyectos humanos. Tales proyectos: o los dejamos de lado o los veremos derrumbarse delante de nuestros ojos.

El derramamiento del Espíritu va más allá de las señales y los prodigios. Significa una investidura de poder sobrenatural que hará posible el cumplimiento del propósito de Dios para su pueblo.

Nuestras tradiciones, nuestras creencias denominacionales y el reduccionismo del mensaje del Evangelio fueron desplazando en la historia de la Iglesia de Cristo al Espíritu Santo de su lugar como gobernador único y exclusivo del Pueblo de Dios. La restauración del propósito de Dios para su pueblo, por medio del derramamiento del Espíritu produce quebrantamiento, arrepentimiento y confesión. Este proceso permite que el Espíritu vuelva a ocupar el lugar central en la Iglesia. En ese marco se comienza a reconocer que el Reino de Dios no consiste en palabras sino en poder. Entonces se empiezan a ver los frutos de la operación del Espíritu, que no son solamente las caídas ni los brazos en alto, sino frutos de vidas transformadas, en las cuales Cristo

Jesús va siendo formado.

Nos debemos levantar como familias, como ancianos, como jóvenes y demostrar al mundo en el poder del Espíritu Santo, lo que es el carácter de Cristo.

En la restauración del propósito de Dios para su pueblo la revelación de lo alto viene a reemplazar al conocimiento intelectual. Muchas veces repetimos como un rito porciones de la Biblia que no se han encarnado en nosotros. ¡Dios nos libre de decir cosas que no estamos dispuestos a vivir o que no vivimos!

El mensaje debe ser restaurado. Debemos renunciar al derrotismo que no permite ver que Dios es todopoderoso. Restauración del mensaje también significa presentar a Cristo como único Señor, la cruz como único camino, rehuyendo todo triunfalismo y entender que el Señor tiene preparadas pruebas para nosotros, para moldearnos a su imagen.

Al restaurarse la vida de la Iglesia por la obra del Espíritu Santo terminamos de hacer reuniones y empezamos a hacer discípulos. Se es verdaderamente discípulo cuando se vive como Cristo Jesús. A Jesús se lo conoce siguiéndolo y no haciendo un curso.

Reemplazamos los programas "entretenidos", y comenzamos a clamar y buscar visión de lo alto, fruto de la oración. La visión coordina y ordena todas las cosas, porque el Espíritu da vida al cuerpo. Ya no es un mover espasmódico que se traduce en activismo sin sentido, sino un cuerpo bien concertado en el cual se manifiesta la vida de Dios.

Por obra de la restauración "la psicología cristianizada" es desechada como también los consejos centrados en nuestro sentido común (que está corrompido, porque la mente natural está inhibida para conocer al Señor y nuestro corazón es engañoso). En lugar de psicología con barniz cristiano y "sentido común" comenzamos a confiar en la ministración que se apoya en el poder

sobrenatural del Señor. En una Iglesia donde los odres nuevos han reemplazado a los viejos por la obra del Espíritu Santo pueden verse los estragos causados por el enemigo en las vidas de los que se acercan y las fuerzas de oscuridad son confrontadas en el Nombre de Jesús y en total dependencia del Señor.

Cuando Cristo Jesús vio la multitud de cinco mil personas, sin contar mujeres y niños, hambrienta y cansada en el desierto, le dijo a los discípulos (y nos dice a nosotros) "Dénles Uds. de comer". Ante semejante desafío ellos (los primeros discípulos) y nosotros nos sentimos impulsados a decir: "¡pero sólo tenemos cinco panes y dos peces". El Señor responde que debemos entregar lo que tenemos; no importa si es mucho o poco. El Señor nos dice que si nosotros entregamos lo que tenemos y confiamos en él, va a producir un fruto que sobreabunde. Cuando se recojan las sobras, las doce cestas van a estar llenas porque el Señor es todopoderoso. Este es el principio que debe guiar nuestro caminar espiritual como Iglesia: Él es el Señor de todas las cosas. Debemos dejar de pensar en términos humanos, de medir los recursos que contamos con nuestra mente limitada y comenzar a confiar en la operación sobrenatural del Espíritu Santo.

Además, como resultado de esa operación sobrenatural y al restaurarse el propósito divino para la Iglesia, se caen las barreras denominacionales y empezamos a ver una sola Iglesia compuesta por aquellos que al recibir a Cristo como Señor y Salvador han nacido de nuevo por obra del Espíritu. Dejamos de considerarnos los mejores y empezamos a ver a los hermanos de las otras congregaciones como lo que son, nuestros hermanos y juntos un solo cuerpo en Cristo.

También empezamos a entender lo que significa el sacerdocio. Dejamos de pensar que los ministerios pueden ser impuestos como cargos o títulos en la Iglesia del Señor y comprendemos

que si la obra no la hace el Espíritu Santo —quien constituye a unos pastores, a otros evangelistas y así cada uno de los ministerios— las decisiones humanas no van a servir para nada y solo acarrearán frustración y dolor. Descansemos en el Señor y no en las habilidades humanas. El Señor, es poderoso para levantar predicadores de los tartamudos, maestros de la palabra también de entre aquellos que no saben leer, porque en el Reino de Dios cuenta la investidura de poder de lo alto y no la capacitación académica. Lo que se encarnó en el corazón por la obra sobrenatural y no lo que se tiene en la mente como información. Dios, que es todopoderoso, levantará a lo que se considera necio y a lo que no es, para avergonzar a los sabios de este mundo.

La gloriosa y restaurada presencia del Espíritu de Cristo está levantando una Iglesia llena de compasión. Compasión en el original bíblico significa —cuando se usa la palabra con Jesús en Mateo 9:36— que el Señor, al ver el dolor de las multitudes, "se le conmovieron las entrañas". Al verlas, golpeó lo más hondo de su ser.

La obra del Señor en la comunidad de Cristo nos lleva a inclinarnos a aquellos que realmente necesitan y a evitar ser una iglesia cómoda de clase media.

Vida en el Espíritu, amor sacrificial, pastoreo de nuestras familias, amor comprometido entre nosotros, sujeción a las autoridades espirituales, menosprecio de nuestros intereses y aún de nuestras vidas. Todo esto nosotros no lo podemos hacer solos, pero como Pablo podemos proclamar: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Filipenses 4:13).

Es en el contexto del proceso de restauración de la Iglesia, por la operación soberana del Espíritu de Dios, que podemos entender el real significado de Pentecostés.

En Pentecostés el pueblo del Señor es investido sobrenaturalmente de poder. Poder para la comunión sobrenatural de los unos con los otros,

para ser fieles y perseverar en la fe, en medio de la batalla espiritual.

III) Sólo el pueblo de Dios permanecerá

Este pueblo del pacto, la comunidad del Espíritu, es el único que permanecerá.

La victoria de Cristo Jesús es nuestra victoria. En él somos más que vencedores. Así, al final, sólo la Iglesia, Pueblo y Ciudad de Dios permanecerá.

Lea Apocalipsis 18:1-5 y 21:1-4.

Después de esto vi otro ángel que descendía del cielo con gran poder, y la tierra fue alumbrada con su gloria.

Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primer tierra habían pasado y el mar ya no existía más.

Y yo, Juan, vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de parte de Dios, ataviada como una esposa hermoseedada para su esposo.

Todo lo que se edificó en contra de Dios será destruido y perecerá. Y eso incluye todo ministerio, toda actividad que tenga barniz religioso, que no ha buscado fundarse en la voluntad de Dios. Nuestros ojos verán todo esto.

Hoy el Señor nos llama a nosotros, Pueblo del pacto, de la obediencia y de la fe, la comunidad del Espíritu, la única que permanecerá de pie en el día final, a creerle a él como lo hizo Abraham, a perseverar y a seguirle. Y así lo conoceremos más y más, porque la única forma de conocerlo es siguiéndolo.

¡Señor gracias por tu misericordia al habernos hecho tu pueblo!

¡Queremos anunciar al mundo tus maravillas!

¡Gloria sea a tu Nombre! Amén.

Transcripción y adaptación del mensaje predicado en 1997 en Zona 1 de Comunidad Cristiana de Buenos Aires.

Daniel Zuccherino es además de pastor, maestro y autor, abogado y profesor

universitario. Ha servido como evangelista del equipo "Vida Nueva" y como asociado del Dr. Luis Palau.

Desde 1984 conduce el programa radial "Después de la Noticia" (HCJB) que se difunde en todo el continente.

En unión de su esposa Silvia y dos hijos sirve a un grupo hogareño de discipulado en Comunidad Cristiana de Buenos Aires.

Juana Azurduy 2384 1° A 1429
Buenos Aires.

La silla vacía

Una amorosa hija había pedido al pastor de la iglesia que viniera a orar con su padre. Cuando el pastor llegó, encontró al hombre acostado con su cabeza apoyada sobre dos almohadas y una silla vacía al lado de la cama. El pastor supuso que al anciano le habían dicho que él venía de visita.

—Supongo que me estaba esperando, —dijo el pastor.

—No, ¿quién es usted?

—Soy el nuevo pastor asociado de su iglesia, —contestó el pastor—. Cuando vi la silla vacía, me imaginé que usted sabía que yo iba a llegar.

—Ah, sí, la silla, —dijo el hombre postrado.

—¿Podría cerrar la puerta?

Confundido, el pastor cerró la puerta.

—Nunca le he contado esto a alguien, ni siquiera a mi hija, —dijo el hombre— pero en toda mi vida jamás he sabido cómo orar. En la iglesia escuchaba al pastor hablar acerca de la oración, pero siempre me quedé en las mismas. Desistí de todo intento por orar, —continuó el anciano—, hasta que un día, hace como cuatro años, mi mejor amigo me dijo: "José, la oración consiste simplemente en tener una conversación con Jesús. Esto es lo que te sugiero: Siéntate en una silla, pon una silla vacía al frente tuyo y, por fe, ve a Jesús sentado en ella. No da miedo porque él prometió: «Yo estaré con

ustedes siempre». Entonces solamente háblale y escúchale de la misma forma en que lo estás haciendo conmigo ahora". Así es que lo probé y me ha gustado tanto que lo hago un par de horas al día. Pero tengo cuidado, porque si mi hija me ve hablándole a una silla vacía, le da un colapso nervioso o me envía a un asilo de locos.

El pastor se conmovió mucho al oír la historia y animó al anciano a que continuara con la práctica. Entonces oró con él y regresó a la iglesia.

Dos noches después, la hija llamó al pastor para decirle que su padre había muerto esa tarde.

—¿Le pareció que su papá murió en paz?, —preguntó el pastor.

—Sí, cuando salí de la casa, alrededor de las dos, me llamó al lado de su cama, me contó uno de sus chistes malos y me besó en la mejilla. Cuando regresé de la tienda una hora después, lo encontré muerto. Pero había algo extraño, en realidad, más que extraño; raro. Aparentemente, antes de que papi muriera, se inclinó hacia el lado y apoyó su cabeza sobre una silla al lado de su cama.

Traducido por la señora
Rocío de Valle,
Miembro de la Asociación Americana
de traductores.
EValle@aol.com

El Espíritu Santo en nosotros

Mónica Jaraquemada

El profeta Elías nos describe su fascinante encuentro con el Señor, "un viento suave" que lo liberó de la depresión. Pedro, luego de recibir el bautismo en el Espíritu Santo, es lleno de poder, visión y autoridad; se vuelve un apasionado por el nombre de Cristo. El profeta Joel nos conduce a la expectación de la lluvia tardía, sanadora, liberadora.

Me siento anonadada frente al trato de Dios con nosotros a través de su Espíritu Santo. Por una parte, pretendo ser ambiciosa en buscar su cercanía; por otra, sólo conozco una pequeña porción de la amistad con Dios a través de su Santo Espíritu, lo que se traduce en una sed espiritual sin límites. Creo que la vida cotidiana es una constante tensión o relación entre los dos aspectos que acabo de mencionar. Puesto que si no fuera así, viviríamos demasiado cómodos y satisfechos de las bendiciones obtenidas.

La Biblia nos habla de hombres y mujeres que cultivaron la amistad con Dios, que se relacionaron con él de una manera intensa y que aprendieron a escuchar su voz a través de pruebas, innumerables victorias, desafíos y situaciones incomprensibles para ellos. Pero no eran gente especial sino seres humanos sujetos a pasiones, como lo menciona Santiago respecto a Elías.

Creo en la capacidad infinita de Dios de crear la posibilidad dentro de la imposibilidad, logrando que esta última desaparezca por completo. Esto ocurre, por ejemplo, en las sanidades y milagros que Cristo realizó. Uno de aquellos milagros fue permitir que Pedro caminara sobre las aguas hasta que se dio cuenta de la tempestad que lo rodeaba. Pedro tenía dos opciones: una, seguir caminando en el mar mientras miraba a Cristo y llegar adonde él estaba, —lo podemos llamar "fe en acción"—; la segunda, mirar el entorno que lo rodeaba, darse cuenta de la tempestad y de lo

imposible que es caminar sobre las olas, —lo que denominaríamos "duda".

En sólo un par de segundos se libra una lucha mortal entre la carne y el espíritu; una lucha que puede describirse como una tensión y distensión a la vez, ya que es un proceso de elección en el que se obtiene ganancia o pérdida. A esto se refería Jesús cuando dijo que quien quiera hallar su vida, la perdería; en tanto el que pierda su vida la hallaría.

Me pregunto constantemente la lucha que confrontamos cada uno de nosotros, —aquellos que somos cristianos "con todas las de la ley"— por querer fervientemente hallar nuestra propia vida, salvar nuestros desvalorizados intereses y colocar en altares efervescentes ideales ya conocidos y desgastados por el tiempo. No obstante, el libro de Proverbios dice que «no hay nada nuevo bajo el sol». Finalmente, nos queda sólo una opción, y es la de "perder lo propio, la vida, en resumidas cuentas, morir". Y sin embargo, alcanzar la vida de Cristo, su vida en nosotros, él en nosotros. Porque todo esto se traduce en un "estar en Cristo" "ser en él".

La tensión a que me refiero es el momento de la lucha, del sudor interno, de las lágrimas de aquellos que siembran, de la que experimentó Cristo al estar en Getsemaní. La distensión, en cambio, es aquel segundo decisivo en el que se vive el milagro, la sanidad, el gozo de ser salvo, es el momento en el cual Jesús le dice al Padre: "No mí voluntad." Es el momento del descanso dado por Dios, descrito en Hebreos.

Este desarrollo tensional permite que maduremos en nuestra relación personal con Dios y le honremos con nuestro ser entero, de modo que aprendamos a distinguir la realidad de Dios de nuestra muy mecanizada carnalidad.

Es imperativo que lo sirvamos

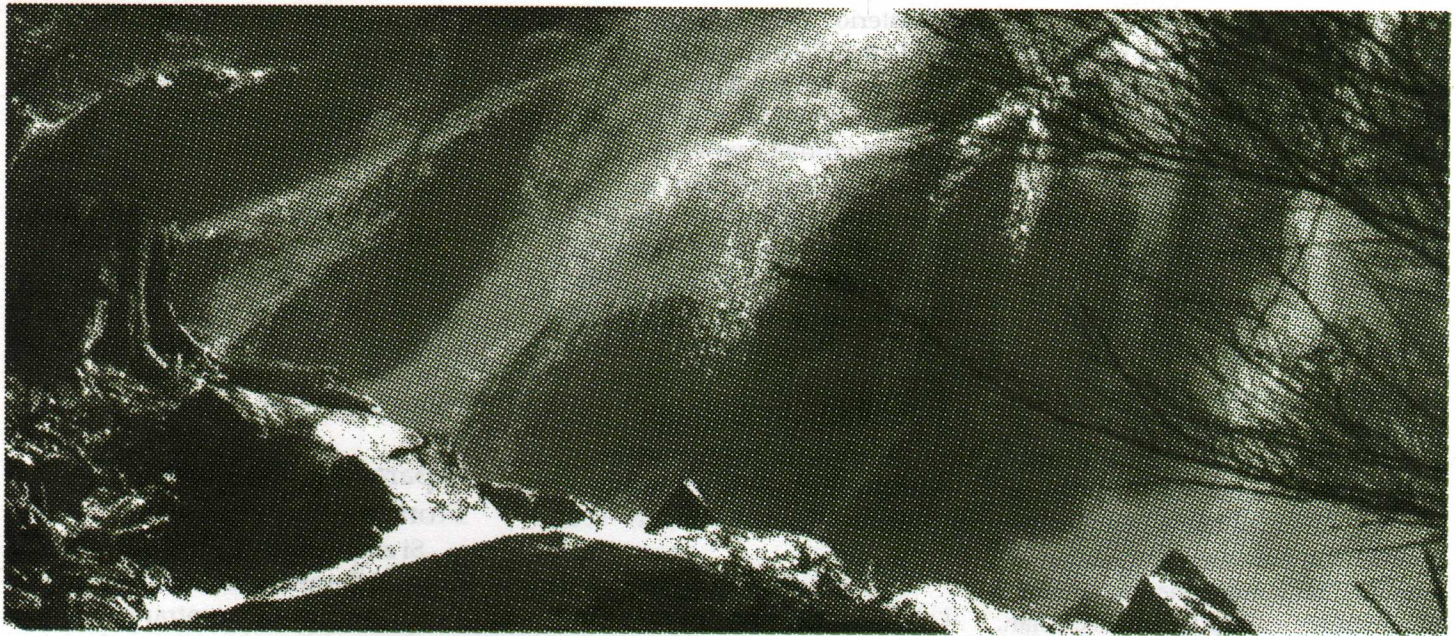
comprometidamente. Y cuando creamos que hemos superado una barrera importante, confrontaremos un nuevo desafío que nos llevará a elegir la ganancia o la pérdida referida por Cristo.

El Espíritu Santo se relaciona con nosotros de una manera singular creativa. Su vivencia en nosotros nos guía a una intimidad con nuestro Padre celestial. Es simbolizado a través de todo la Biblia en hermosas figuras, tales como el fuego del poder transformador de nuestro corazón; Instaurador de una nueva visión y pasión por Cristo (Hechos 2); también como las fuentes de aguas vivificadoras de todo nuestro ser (Ezequiel 47), las que entregan la restauración que Dios nos ha prometido. Al entrar en aquellos aguas sanadoras, los enfermos reciben sanidad; aquellos que se habían extraviado buscando la verdad, encuentran el camino; los débiles y cansados pueden alzar las alas como águilas y los que nunca han entendido, aprenden el mensaje de vida. También el Espíritu Santo realiza en todo nuestro ser una sanidad completa a través de su aceite sonador u óleo de gozo (Isaías 61.33), con el cual nos consuela y reanima.

Pero aquí en este escrito no acaba la obra magnífica y paciente del Santo Espíritu, sino que continúa en cada uno de nosotros, llevándonos a la comunión con Dios y a un amor "in crescendo" por Jesucristo.

La motivación de este artículo es producir, de algún modo en nuestra vida, un despertar hacia un conocimiento más íntimo del Espíritu Santo, y a su vez el ser conocidos por él, como lo dice 1 Corintios 8:3: «Pero si alguno ama a Dios, es conocido por él». La pregunta para nosotros los cristianos sería: ¿Somos conocidos por él? ¿Soy yo conocida por él? Δ

Mónica Jaraquemada es misionera residente en Rheindammstr. 45 68163 Mannheim, Alemania.



Transiciones ministeriales

Serafín Contreras Galeano

La vida ministerial es un camino lleno de sorpresas. No es aburrido y tedioso si logramos verlo en la perspectiva divina. Siempre una sorpresa agradable o desagradable puede surgir. Pero cada una de esas sorpresas vistas como instrumentos de Dios terminan llevándonos a nuevas dimensiones y a experiencias inolvidable que dan forma a nuestro ministerio.

Una transición representa una etapa de cambio entre una experiencia y otra. Esto que trae como resultado un desarrollo en la vida del líder. A menudo una transición es iniciada por un tiempo de crisis, conflicto o simplemente cambio brusco de trayectoria puede venir cuando estamos en nuestro mejor momento en el ministerio, cuando todo va viento en popa y el barco parece abrirse camino con seguridad y triunfo ante el majestuoso e imponente mar de la vida o puede

suceder cuando nos sentimos secos, vacíos, dando vueltas en medio de un desierto y con inmensas ganas de salir corriendo y no volver a mirar hacia atrás.

Cuando el Señor quiere llevarnos a una transición, él trata primero con nosotros y permite que ciertos factores comiencen a aparecer. Necesitamos pedir al Señor que nos mantenga siempre sensibles para detectar tales factores y movernos en la transición, en el tiempo de Dios, y no apresurarnos pero tampoco retrasarnos esperando que lleguen los transvasadores. En la obra del Señor, en la Iglesia y en nuestra vida personal necesitamos desarrollar la capacidad de discernir los tiempos y saber cuándo es el momento del Señor, por que él siempre tiene su hora y a veces su reloj no está en la misma hora del nuestro. En los evangelios encontramos repetidas veces expresiones como estas: *"La*

hora no ha llegado", "Esta es la hora", "Ahora es". Formas que nos indican el mover de Dios en su tiempo. He aquí algunos de los factores que Abraham notó antes de separarse de Lot.

Elementos que nos indican cómo Dios nos lleva hacia una transición (Génesis capítulo 3).

Abraham entró en una transición al separarse de su sobrino Lot y su vida cambio. Abraham notó los siguientes factores y por ello entró en una transición.

1. Sentido de insuficiencia

«Y la tierra no era suficiente para que habitaran juntos» (Gen. 13:6).

Abraham vio que la tierra era insuficiente para ambos. Cuantas veces comenzamos a notar que la tierra donde estamos ya no es suficiente. Comienza a crecer dentro

de nosotros un sentido de insuficiencia que aumenta más y más. Esa tierra insuficiente ya no promete mucho, ya no es atractiva y casi nos enferma. Bueno es estar atento y observar si otros factores comienzan a sumarse, porque el solo sentido de insuficiencia no siempre habla de transición.

2. Sentido de abundancia

«...pues sus posesiones eran muchas» (Gen. 13:6b).

No solo la tierra era insuficiente sino que las posesiones de ellos eran muchas. Dios, los había enriquecido y prosperado; a medida que los días pasaban, las bendiciones de Dios aumentaban y sus posesiones crecían. A veces en nuestra vida ministerial no solo sentimos la tierra insuficiente sino que junto a eso experimentamos abundancia de dones, capacidades para ministrar, habilidades desarrolladas por el Espíritu Santo en nosotros y no podemos ejercerlas porque la tierra es insuficiente. De pronto nos sentimos entre dos presiones. Por un a parte, insuficiencia de tierra y por otra, abundancia de capacidades. No está siendo plenamente desarrollado el ministerio o los dones que hemos recibido de Dios. Nuestro corazón palpita queriendo operar en toda la potencialidad pero no puede y entonces la agonía comienza a leudar poco a poco nuestra mente y nuestro ser.

3. Sentido de incomodidad

«...y no podían habitar en un mismo lugar» (Gen.13:6).

Ya no sólo es insuficiencia unida a la abundancia, pero ahora un nuevo factor se suma a este ambiente decisivo. También es incomodidad. ¿Cómo podían ellos seguir operando si la incomodidad los estaba presionando? Incomodidad física, emocional, de actividades y operaciones. Allí estaba Abraham observando día tras día estos tres factores; era necesario tomar una decisión. Sí, exactamente como nosotros nos quedamos observando los tres factores en nuestra vida y

ministerio. No sólo estamos agotados por la insuficiencia de la tierra donde estamos y la abundancia de capacidades dadas por Dios, sino que la incomodidad comienza a abrazarnos suavemente, a insinuarnos caminos no muy claros. Sí, experimentamos incomodidad espiritual, interna, mental y física. Mientras esto viene, preguntamos: ¿Qué significa todo esto?...

4. Pérdida de armonía

«Hubo contienda entre los pastores del ganado de Abraham y los pastores del ganado de Lot» (Gen. 13:7).

Un cuarto elemento de gran peso. Las relaciones comenzaron a afectarse. Abraham notaba que las discusiones y peleas entre sus pastores y los de Lot se incrementaban. La presión subía considerablemente. Definitivamente era necesario actuar lo más pronto posible, porque las relaciones son vitales en el desenvolvimiento de la existencia. Sin duda, en alguna ocasión de nuestra vida personal o ministerial hemos sentido la aparición de este cuarto factor. La pérdida de la armonía con quienes estamos involucrados en la obra. No quisiéramos que eso no pasara, pero ocurre. Sabemos que las relaciones son vitales en el desenvolvimiento de la vida y ministerio. Si las relaciones se rompen, la vida deja de fluir, porque la vida fluye a través ellas.

5. Sentido de acoso espiritual

«(El cananeo y el fereseo habitaban entonces en la tierra)» (Gen. 13:7).

Cananeos y fereseos era los enemigos del pueblo; simbolizan nuestros enemigos espirituales. Un quinto factor que comenzamos a experimentar es un sentido de acoso espiritual. Ya no solo es insuficiencia, abundancia, incomodidad y pérdida de armonía, también se suma un sentido profundo de acoso espiritual. Nos sentamos, pensamos, preguntamos y pareciera que no sabemos a donde ir. Abraham sí supo lo que debía hacer. Ya era la hora. No podía esperar más, la transición

había llegado, era el momento de la separación. Era el tiempo de Dios para su vida. ¿Por qué seguir bajo tal presión si era evidente que un nuevo camino se estaba abriendo ante ellos?

*Entonces Abraham dijo a Lot:
«No haya ahora altercado entre nosotros dos ni entre mis pastores y los tuyos, porque somos hermanos. ¿No está toda la tierra delante de ti? Yo ruego que te apartes de mi»(Gen.13:8-9).*

Separación. Transición. Frontera.

Si empezamos a notar que el Señor nos está llevando hacia una transición, es mejor no resistir y entrar por la fe en ella, pero la mejor manera de entrar con pie seguro en la transición es en el altar de Dios. El capítulo 13 de Génesis nos habla tanto al inicio como al final que Abraham edificó un altar a Jehová. Antes de la transición y después de la misma, Abraham edificó altar a Jehová. Es en el altar donde podemos entender las transiciones y entrar en ellas. Acerquémonos al altar de Jehová y entreguemos día tras día el ministerio que hemos recibido de él, así no tendremos temor de entrar en la transición. Alabado sea el Señor porque él siempre nos sorprende en el camino del ministerio. Sus sorpresas siempre son buenas.



Serafín Contreras Galeano es ministro desde hace 28 años, pastor durante 21 en Venezuela; misionero de Foursquare Mission International por 7 años en Costa Rica y Nicaragua. Miembro del

Comité de Consejeros de la Conferencia Mundial Pentecostal que se celebrará en Corea, en setiembre de 1998. Director y productor del programa radial "Enfoque Internacional" y del devocionario diario "En lugares de delicados pastos".

Apartado Postal 307-2350
San José, Costa Rica.
E-mail: mission@sol.racsas.co.cr